

READING PLAN

Chapter: 5

2nd

SECONDARY

El caballero carmelo I



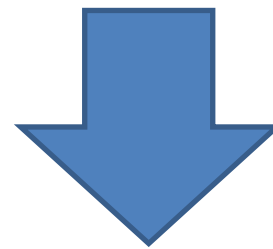
 **SACO OLIVEROS**



¿Por qué David detuvo a los gallos de pelear?

El sumillado

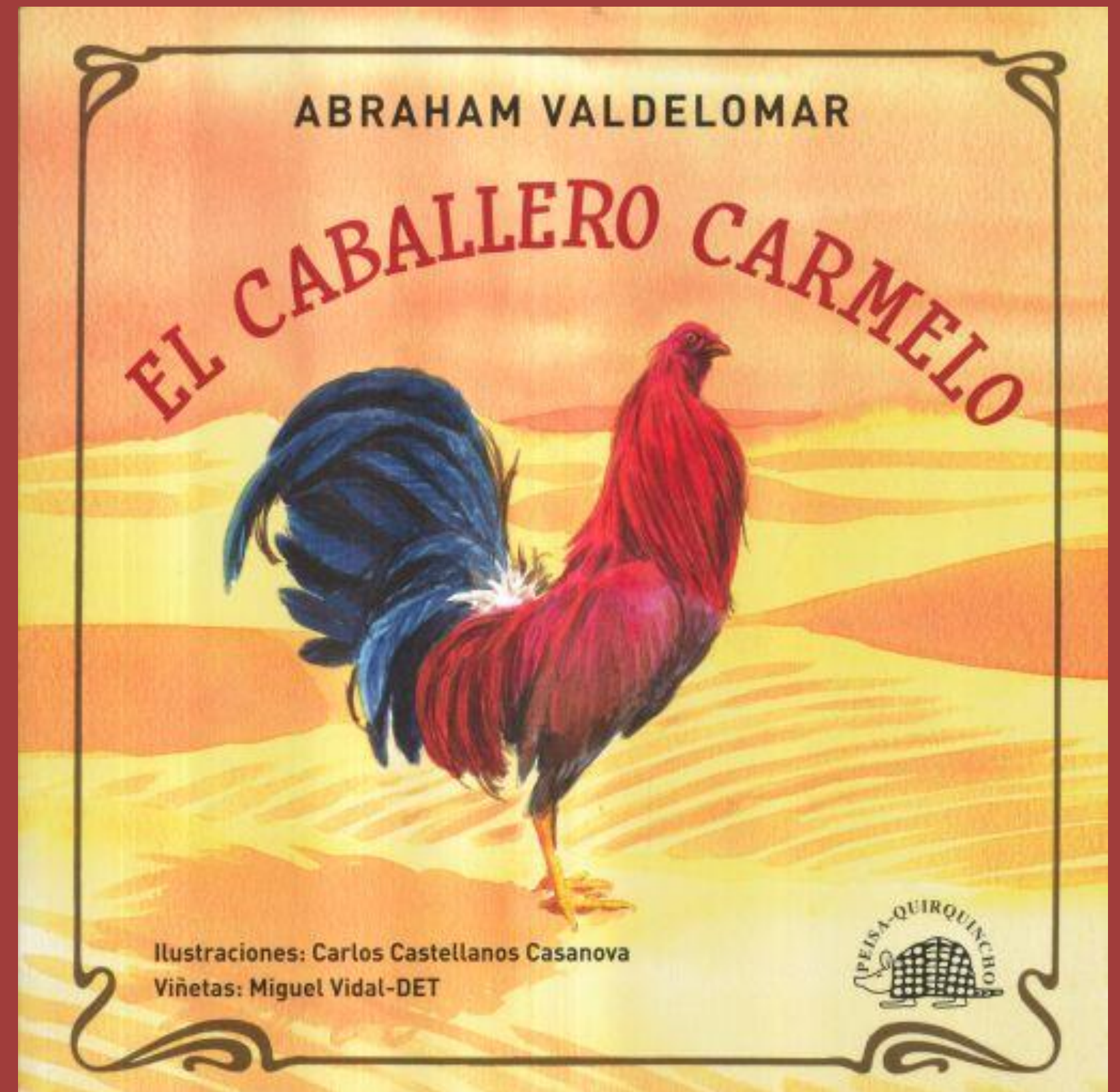
Las notas al margen, o “sumillas”, son las anotaciones que realizamos al lado de un párrafo, normalmente a la izquierda, y que se usan para destacar las ideas principales del texto, dar un título para el contenido de ese párrafo o plasmar una duda que nos plantea y que necesitamos destacar. Son, por tanto, un tipo de resumen que nos permite destacar una o varias informaciones específicas de un texto.



Antes de realizar las anotaciones es necesario realizar lecturas previas y haber subrayado el texto, ya que es la única forma de poder elaborar sumillas que realmente resuman en pocas palabras el contenido más destacable. Es decir, debemos comprender realmente el significado del texto para poder hacer anotaciones con nuestras propias palabras.



Abraham Valdelomar Pinto, también conocido como el Conde de Lemos, fue un narrador, poeta, periodista, dibujante, ensayista y dramaturgo peruano. Es considerado uno de los principales cuentistas del Perú



Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer, desde la reja, en el fondo de la plazoleta, a un jinete en bellísimo caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, sanpedrano pellón de sedosa cabellera negra y repleta alforja, que picaba espuelas en dirección a casa.

Lo reconocimos. Era el hermano mayor que, años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

—¡Roberto! ¡Roberto!

Entró el viajero al empedrado patio donde el ñorbo y la campanilla se enredaba en las columnas como venas en un brazo y descendió donde estábamos todos nosotros.

¡Cómo se regocijaba mi madre! Lo tocaba, acariciaba su tostada piel, lo encontraba viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia, y llegó al jardín:

—¿Y la higuera? —dijo.

Buscaba, entristecido, aquel árbol cuya semilla sembrara él mismo antes de partir. Reímos todos:

—¡Bajo la higuera estás!...

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina. Lo tocó mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rozaban la cara, y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebosante; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros.



¡Qué cosas tan ricas! ¡Por donde había viajado! Quesos frescos y blancos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados, en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chíncha Baja; bizcochuelos en sus cajas de papel, de yemade huevo y harina de papas, leves, esponjosas, amarillos y dulces; santitos de “piedra de Guamanga” tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibimos el obsequio, y él iba diciendo al entregárnoslo:

—Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor...

—¿Y para papá? —le interrogamos, cuando terminó:

—Nada...

—¿Cómo nada para papá?...

Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo:

—¡El Carmelo!

A poco volvió este con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

—¡Cocorocóoooo!...

—¡Para papá! —dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia ya pasada, a quien acaeciera historia digna de relato; cuya memoria perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.



Amanecía, en Pisco, alegremente. Sentíamos los pasos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Se marchaba este a la oficina. Despertaba ella a la criada, chirriaba la puerta de la calle con sus mohosas bisagras; se oía el canto del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; se sentía el ruido del mar, el frescor de la mañana, la alegría sana de la vida. Después mi madre, venía a nosotros, nos hacía rezar arrodillados en la cama con nuestras blancas camisas de dormir; vestíamos luego y, al terminar de cambiarnos, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba este a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mi madre, que llegaba todos los días, a la misma hora, con el pan calentito y apetitoso, montado en su burro, detrás de los dos “capachos” de acero, repletos de toda clase de pan, pan de salvado de trigo, pan francés, pan de mantecado, rosquillas...

Mi madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana Jesús lo recibía en el cesto. Se marchaba el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de hule brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban.

Volaban las palomas, se picoteaban las gallinas por el grano, y entre ellas, se escabullían los conejos. Después de su frugal comida, hacían grupo alrededor nuestro. Venía hasta nosotros la cabra, refregando su cabeza en nuestras piernas: pisaban a los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos, con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida; los patitos, recién “sacados”, amarillos como yema de huevo, trepaban en un panto de agua; cantaba desde su rincón, entrabado, el Carmelo, y el pavo, siempre orgulloso, alharaquero y antipático, hacía por desdeñarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían, por lo bajo, comentarios, sobre la actitud poco gentil del petulante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, se escapó del corral el Pelado, un pollón sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de diecisiete años, flacos y golosos. Pero el Pelado, a más de eso, era pendenciero y escandaloso, y aquel día mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, se había encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo se trató de evitar el tema, y, cuando mi padre supo sus fechorías, dijo, pausadamente:

—Nos lo comeremos el domingo...

Lo defendió mi tercer hermano, Anfiloquio, su poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el Carmelo todos miraban mal al Pelado, que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y de la sangre fina.

—¿Cómo no matan —decía en su defensa del gallo— a los patos que no hacen más que ensuciar el agua, ni al cabrito que el otro día aplastó a un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y solo sabe comer y gritar, ni a las palomas que traen la mala suerte...?

Se adujo razones. El cabrito era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban; además, no estaba comprobado que hubiese muerto al pollo. El puerco mofletudo había sido criado en casa desde pequeño. Y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota blanca, se subían a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darlos a sus polluelos.

El pobre Pelado estaba condenado. Mis hermanos pidieron que se le perdonase; pero las roturas eran valiosas y el infeliz solo tenía un abogado, mi hermano y su señor, de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir la sandía, inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio, y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Se levantó mi madre, se acercó al muchacho, lo besó en la frente, y dijo:

—No llores; no nos lo comeremos...



Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendido color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora, acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasol, su cuerpo de color caramelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes que estacas musulmanas y agudas defendían, cubiertas de escamas, parecían las de un armado caballero medievo.

Una tarde, mi padre, después del almuerzo, nos dio la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el Carmelo, cuyo prestigio era mayor que el del alcalde, no era un gallo de raza. Se molestó mi padre. Se cambiaron frases y apuestas; y aceptó. Dentro de un mes toparía el Carmelo con el Ajisecho de otro aficionado, famoso gallo vencedor, como el nuestro, en muchas lides singulares. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El Carmelo iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros, ¿por qué aquella crueldad de hacerlo pelear...?.



1. Nivel literal

Relaciona significante con su significado.

- | | |
|----------------------|--------------------|
| a. Pellón sampedrano | b. Alharaquero |
| c. Capacho | d. Magro |
| e. Mofletudo | f. Estentóreamente |

- () Flaco, enjuto, sin grasa.
- () De modo fuerte, ruidoso o retumbante, sobre todo referido a la voz o a los sonidos.
- () Que hace demostración excesiva de algún sentimiento.
- () Que tiene mejilla gruesa y carnosa.
- () Ornamento del caballo peruano de paso
- () Especie de cesto de cuero, estopa, junco o mimbre que se emplea para trasladar diferentes objetos

2. Nivel inferencial

Describe y completa detalles de la casa de los Valdelomar.

3. Nivel crítico

Este cuento transmite muchos valores. ¿Qué acciones demuestran lo siguiente?

➤ El amor filial:

➤ El amor fraternal:

➤ El respeto a la autoridad paterna:

4. Nivel creativo

Transforme el siguiente texto a mapa semántico.

Pelea de gallos

Es un espectáculo sangriento que obliga a los gallos a pelear hasta morir. El maltrato animal no solo es en la misma pelea, sino se da desde que nacen; pues pasan la mayor parte de sus vidas atados de una pata o en una pequeña jaula. Los criadores, a menudo, les arrancan las plumas y mutilan las crestas y barbillas de los gallos con tijeras para prevenir que otros se las arranquen dentro del ring. Les cortan los espolones y los reemplazan con armas artificiales más mortales y las atan a sus piernas.

Las aves "perdedoras" son desechadas en un bote de basura, incluso cuando están vivas.

Además de la crueldad contra los animales, las peleas de gallos se relacionan con otros delitos: apuestas ilegales, venta o uso de drogas e incluso el asesinato.

5. Fortalecimiento personal

Pepito dice que las peleas de gallos son un espectáculo muy bonito y que no le importa si maltratan al animal, él solo quiere ganar su apuesta. ¿Tú piensas lo mismo?

GRACIAS POR SU ATENCIÓN

